

LIBROS

**Dos figuras del sindicalismo asturiano**

Los estudios regionales sobre el movimiento obrero contaban en Asturias con el trabajo pionero de David Ruiz, desde hace tiempo agotado y que concedía una atención preferente a la línea socialista. Al libro siguieron algunas polémicas, varios años de vacío y aportaciones menores, y, en líneas generales, un escaso conocimiento de lo que pudieron representar los sindicatos católicos y anarquistas. De ahí que la aparición casi simultánea de dos libros como los que Domingo Benavides y Ramón Álvarez consagran a dos protagonistas del sindicalismo asturiano en las corrientes citadas, merezca siquiera un breve comentario.

En **El fracaso del catolicismo social. Arboleya Martínez (1870-1951)** (1) Domingo Benavides realiza una investigación exhaustiva sobre la figura del deán de la catedral de Oviedo, propagandista social cristiano cuya figura cobra relieve con la fundación, en 1914, de la Casa del Pueblo de Oviedo, y que en lo sucesivo encarnará la búsqueda de un sindicalismo cristiano no subordinado a la jerarquía ni integrado en las fórmulas «amarillas» del sindicalismo mixto, tan del gusto del marqués de Comillas y sus seguidores. Más tarde, a partir de 1919, la acción de Arboleya se encuadra en un núcleo de intelectuales católicos que, bajo la denominación de Grupo de la Democracia Cristiana,

intenta, sin demasiado éxito, fundar la acción sindical y política de los católicos sobre unas bases distintas del integrismo imperante y que, tras años de conflictos en que actúan decisivamente la Compañía de Jesús, diarios como «El Siglo Futuro» y, en definitiva, el cardenal Segura, acabará reducido a la impotencia. La preocupación dominante de Arboleya es conseguir un sindicalismo contrarrevolucionario, pero no patronal, similar al que en los años treinta cobrará auge en el País Vasco impulsado por sacerdotes como Policarpo de Larrañaga, «Aitzol» o Alberto de Onaindía. La sucesión de fracasos del sindicalismo católico lleva incluso a un cierto deslumbramiento de Arboleya ante los logros del sindicalismo libre que Ramón Sales dirige en Barcelona desde 1919. Arboleya, sincero al menos con sus convicciones, cerrará su trayectoria vital con una radical desesperanza, bien distante del triunfalismo y las deserciones de otros miembros del Grupo. La minuciosa reconstrucción a que procede Benavides, con la espléndida apoyatura documental del archivo privado del propio Arboleya, permite una reconstrucción del proceso en que sobre determinados personajes o instituciones no sólo gravita el fracaso proclamado, sino una traza esperpéntica que sugiere o mayor profundidad en el análisis o un tratamiento literario ajeno a la narración histórica.

Lo que no entiendo bien es la vinculación que Benavides muestra hacia la línea cristiano-social seguida por Arboleya Martínez, y mucho menos el «acto de público homenaje y adhesión» a su figura que en el prólogo hace el padre

(1) Prólogo de J. M. Díez-Alegria, S. J. Editorial Nova Terra. Barcelona, 1973. 832 páginas.



Eleuterio Quintanilla.

Díez-Alegria. Parece haber surgido un cierto espejismo ante ambos escritores, situando la figura del clérigo asturiano en un presunto centro, incluso progresista, con relación a la extrema derecha integrista. No veo ventaja alguna en tales tomas de posesión por parte del historiador, pero en

este caso la opción resulta más sorprendente si tenemos en cuenta el sentido estrictamente contrarrevolucionario que una y otra vez aflora en las páginas del excelente estudio de Benavides. ¿Por qué no preguntarse por la significación de Arboleya sin ese telón de fondo, acusador en su momento pero hoy base de justificación, que es el integrismo? ¿Por qué no ahondar en las relaciones con el sindicalismo libre? ¿Por qué no quebrar la presunta buena fe de su discurso como propagandista social? Tres preguntas que pudieran resultar útiles, especialmente si pensamos en la labor que, con su dedicación y rigor habituales, desarrolla en la actualidad Domingo Benavides sobre la historia del sindica-

lismo católico español. No es preciso que sea el lector quien lleve a cabo la reinterpretación crítica, como a veces sucede con esta excelente biografía del deán Arboleya.

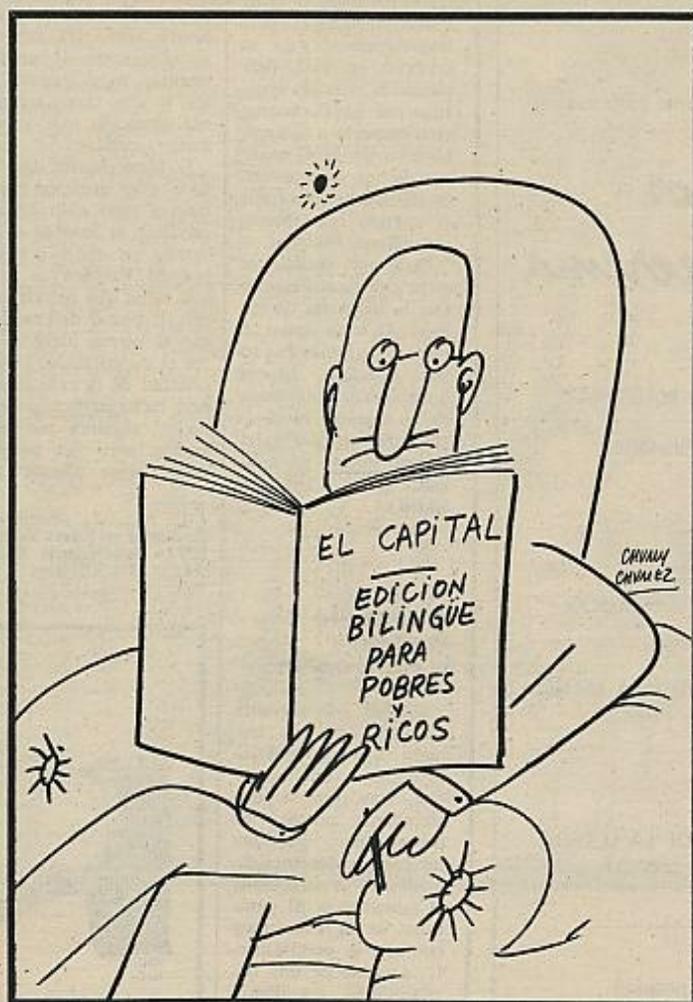
Un papel similar al que intentara desempeñar Arboleya en el movimiento sindical católico representa Eleuterio Quintanilla en el marco del anarcosindicalismo asturiano. Como en aquél, la fase de organizador sirve de prólogo a una larga etapa en que la actividad dominante consiste en orientar la acción de los sindicatos asturianos vinculados a la CNT. Al lado de Pestaña y Peiró, Quintanilla jugó desde los años veinte la baza de la independencia confederal respecto a las pretensiones hegemónicas de los

grupos anarquistas, pero tal vez por su distanciamiento de todo cargo, la crisis treintista apenas erosionó su figura, salvaguardada en cierto modo por su dignidad como vencido en el Congreso de 1919 —sobre federaciones de industria, relaciones con la UGT y III Internacional—, al que luego los acontecimientos habían otorgado sucesivamente la razón.

La biografía que ha escrito Ramón Álvarez, **Eleuterio Quintanilla. Contribución a la historia del sindicalismo revolucionario en Asturias** (2), se presenta como la obra de un discípulo que intenta en primer término realzar los rasgos teóricos de Quintanilla a través de su larga participación en las publicaciones sindicalistas de Asturias desde «Tiempos Nuevos», de Gijón, a fines de 1905, hasta la guerra civil. De forma aún más marcada que en el caso de Benavides, queda clara la tendencia a una identificación entre las posiciones de escritor y biografiado. El rasgo más destacado del trabajo de Ramón Álvarez es, no obstante, su capacidad para reconstruir, desde circunstancias bien difíciles, la secuencia de las relaciones entre Quintanilla y la Regional Asturiana de la CNT, presentando al lector al mismo tiempo y en su integridad los trabajos teóricos más destacados del maestro racionalista. Por supuesto, dada la situación de las fuentes de nuestro movimiento obrero, es una tarea inacabada en la que fácilmente pueden descubrirse huecos, pero también es cierto que después de este trabajo, la evolución de «las tesis sindicalistas» de Quintanilla puede seguirse en lo esencial.

Lo mismo sucede con sus intervenciones en

(2) Editores Mexicanos Unidos, S. A. México, 1973. 453 páginas.





# teorema

VOL. IV N.º 2

AÑO 1974

Colaboran:

- A. Quinton: Sobre la definición del conocimiento.
- J. Velarde: Lógica y dialéctica.
- I. Lakatos: Metodologías rivales de la ciencia; las construcciones racionales como guía de la Historia.
- G. Quintás Alonso: La presencia de Descartes en la ilustración.
- M. J. Loux: Obras recientes de ontología moderna.
- A. Martín: Los estudios de Filosofía (1960-1971).

### Suscripción anual

España ... ..	300 pesetas
Europa ... ..	7 dólares
América Latina ...	7 "
Otros países ... ..	8 "

DEPARTAMENTO DE LOGICA Y FILOSOFIA DE LA CIENCIA.

Apartado 1.107. Valencia.

Con el suplemento gratuito para suscriptores.

## Cuadernos Teorema

Número 1.

A. M. Turing:

¿PUEDE PENSAR UNA MAQUINA?

Número 2. Ciencia y Filosofía.

A. J. Ayer:

FILOSOFIA Y CIENCIA.

E. Gellner:

EPISTOLA DE AYER A LOS RUSOS.

I. V. Kuznetsov:

PERO LA FILOSOFIA ES UNA CIENCIA (en prensa).

Número 3.

J. Lukasiewicz:

PARA UNA HISTORIA DE LA LOGICA DE ENUNCIADOS (en prensa).

Número 4.

E. W. Beth:

LAS PARADOJAS (en prensa)

# ARTE • LETRAS • ESPEC

los periódicos críticos de la Confederación: la falta de estudios que permitan perfilar el contexto de las intervenciones de Quintanilla deja, en buena medida, mutilada su significación. Algo similar sucedió por espacio de varios años con el **Jullán Besteiro**, de Saborit. Entre tanto, la aportación documental de Alvarez conserva todo su valor como dato a integrar en una explicación fundamental sobre cómo funcionó realmente la Confederación Nacional del Trabajo y cuáles fueron las relaciones entre anarquismo y sindicalismo entre 1910 y 1930. Entonces cabrá entender todo el peso que como orientador desempeñó un personaje aparentemente alejado por muchos años de la actividad sindical como Quintanilla, y que, sin embargo, interviene una y otra vez decisivamente, fracasando unas veces, como en el Congreso del 19 o al tratar de impedir la escisión treintista, pero imponiendo otras su criterio: en 1931, definiendo la posición «política» de la Confederación respecto a la República, o en 1934, conteniendo un posible éxodo de sindicalistas hacia el partido que intenta crear Angel Pestaña.

Pero por encima de estas cuestiones concretas, la biografía de Ramón Alvarez, como el trabajo de Benavides sobre Arboleya, supone una considerable mejora en nuestro nivel de conocimiento del movimiento obrero en Asturias. ■ **ANTONIO ELORZA.**

### Intentado reptar a contrapelo

Muchas son las dificultades con que tropieza la lengua poética española contemporánea. Hay, eso sí, una abundante nómina de poetas, pero abundan también, desgraciadamente, la reiteración y el mimetismo. El panorama se ha hecho muy confuso, y, precisamente, a causa de una imposibilidad manifiesta

entre nuestros escritores para hallar una palabra sustancialmente poética que olvide lugares comunes, pero que, al propio tiempo, sea eficaz y certera. Por otra parte, se ha hecho ley la alineación de los escritores dentro de determinados grupos, en torno a determinados lanzamientos editoriales, lo que opera en detrimento de esos otros poetas que actúan sin más pretensión que la de hacer su obra y la de que su voz sea original, al menos no sometida a escrúpulos o vicios colectivos. Y estos poetas existen, aunque el silencio en torno a ellos sea tenaz y a veces no se rompa hasta después de que han dejado de escribir o de que han muerto. Este es el caso de Francisco Camino (1931-1971), un conocido periodista (creador y animador de la efímera revista «Siglo XX») y oculto poeta. El libro que ahora acaba de ver la luz, «Yo moriré en Nueva York» (1), supone el rescate de unos poemas muy sugerentes, y que testimonian esa situación que más arriba apuntaba.

El libro plantea en la base una situación común a todo el trabajo creador: la soledad del artista en medio del mundo burgués en el que tiene que inscribirse; el drama del escritor, su eterna lucha entre el orden social y la libertad de la creación; una lucha nunca ganada, ni siquiera por la poesía, pero que paradójicamente alienta y

(1) Francisco Camino. *Yo moriré en Nueva York*. Ed. La Gaya Ciencia. Barcelona, 1974. 111 págs.

mantiene el fervor de la creación, su pureza y su vitalidad. Y ante esta situación universal, el libro de Francisco Camino nos ofrece una postura personal, original, ajena a toda tópica ubicación. No parece importarle nada a nuestro escritor ni modos ni modas, y se encara, desposeído de apriorismos, de forma directa e inmediata, con la realidad. Tanto, que su contacto con el mundo se produce a través de la mirada, y sólo con esta observación va extrayendo progresivamente el verdadero valor de las cosas; va llenando de vida las cosas muertas o gastadas, reivindicando la capacidad creadora de cada una de ellas, o comprendiendo la inútil solicitud de libertad. En una palabra: a partir de la observación se va llegando al conocimiento:

«La luz ha muerto  
[despacio  
inclinando su elipse  
[perfecta  
sobre el rublo cadá-  
[ver del estío».

Poco a poco, este conocimiento va animando los objetos, las situaciones y los tiempos, pero es una animación negativa que se convierte en imposibilidad del vivir cotidiano («nos dio la espalda la noche, cuando ahogaba sus caderas/en el río del estiercol»; «como el sol de los muertos sin foso,/como la pobre tortuga que perdió su coraza/y se arrastra voraz sobre el polvo,/asi me he visto algún día/y muchas noches»), en la constante tensión que mantienen el hombre y el mundo. Se trata de

una actitud, como se ve, originariamente romántica, pero que se va a ir resolviendo a través de un subjetivismo conceptual, intelectual, que deriva, verbal e imaginativamente, en unas formas surrealistas más o menos puras, para pasar, más adelante, a incorporar un narrativismo testimonial que, sin embargo, no elimina la capacidad de transformación poética de la palabra y del verso:

«Enjaulado como  
[un tigre  
en un piso cuatro  
[izquierdo,  
solo, como una rula,  
[na,  
sin hiedra ni firma-  
[mento,  
veo escapar a mi  
[vida».

Los poemas de este libro, fechados en 1965 y 1967, nunca dan en el farrago o la confusión; tampoco se nos muestran herméticos o externamente formalistas, a pesar de la constante metamorfosis de la realidad que en ellos se opera. La palabra es, siempre, clara, precisa, rotundamente pura, y el verso no es en ningún momento un disfraz, o un parapeto, de la realidad, sino lugar en el que las cosas se distribuyen, están y viven, de una forma espontánea y, por lo mismo, singularmente nueva. Todo ello conduce a un poema que tiene una unidad constructiva muy sólida, muy prieta, a pesar de la brevedad tanto métrica como estrófica que utiliza Francisco Camino, y que no hace sino aumentar la capacidad de evocación y sugerencia, y, por supuesto, la fuer-

